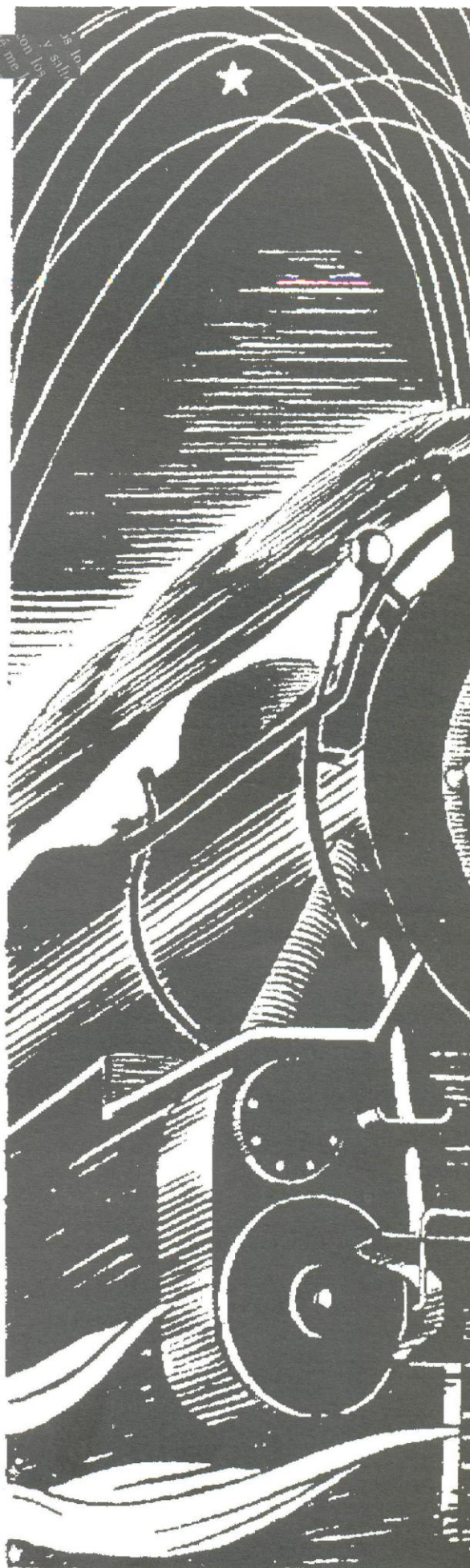
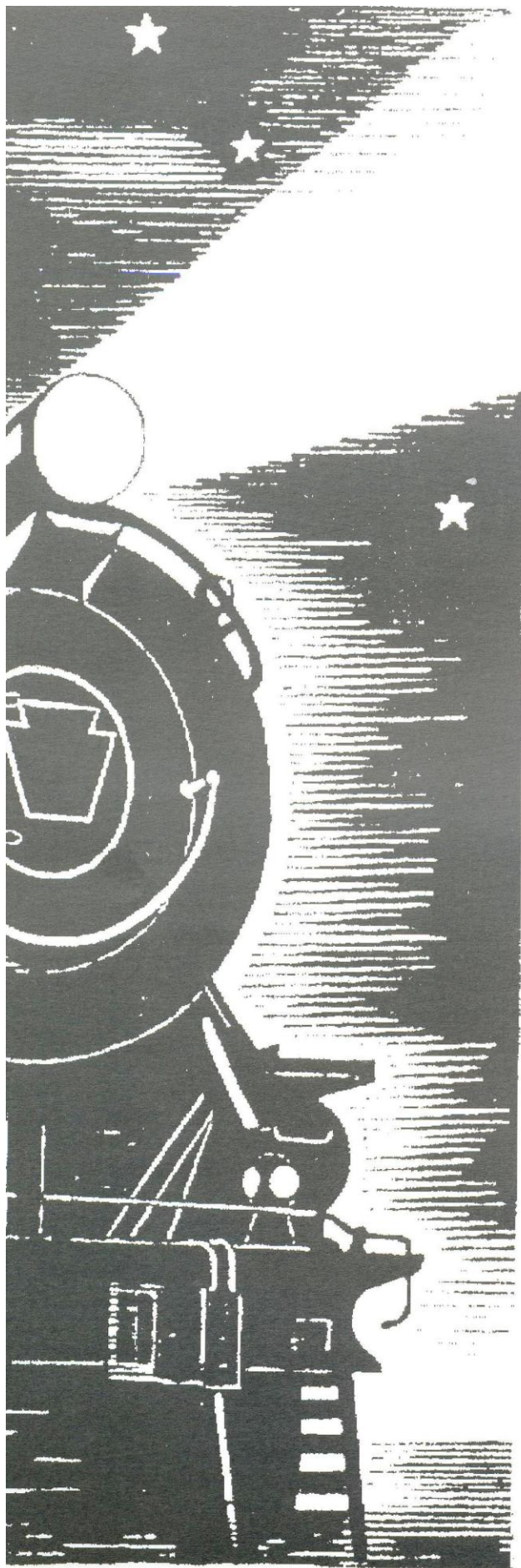


LA NAVE DEL LAGO VINTTER

Cuando subí al subterráneo, en Vélez, su asiento estaba ocupado por una señora de tez morena. Era vieja, tenía surcos profundos en el rostro y vestía un traje azul desteñido cual si su vida transcurriera en los caminos y en las calles. Busqué la faz conocida con velada angustia en el vagón, y todos los ojos eran informes y cansados. Ninguna chispa de luz me sorprendió. La señora que había usurpado su puesto era un mal ejemplo. La brillantez que escapaba de la tristeza y del sueño en la madrugada clavaba su expresión en los míos, hoy apagados y tristes sin su presencia. Busqué en el resto de los convoyes, y nada: apenas un parecido inconfesable, un gesto reprimido que no lo era, un talle esbelto que resultó erróneo: fantasmas de la ansiedad. Volví al lugar que el destino nos asignó para el encuentro diario y esperé, con los ojos abiertos, sin distracción. Después de veinte minutos y siete estaciones nada sucedió. Volví la vista hacia el periódico de la mañana, y sin leer caí en la cuenta de la historia imposible. Con el paso lento de las hojas compuse las sensaciones, luego los motivos y más tarde escenas sobre la ausencia. Pensé que habría sufrido algún percance en la madrugada. Imaginé la mirada sobre su hijo enfermo. ¡Muy tétrico el comienzo! Habíamos decidido que el melodrama no era el fundamento de nuestra relación. Lo supe cuando me percaté del libro que leía, en la segunda semana en que descubrí su rostro. Luego yo avancé en la propuesta: si ella Borges, yo Arlt; si ella Güiraldes, yo Macedonio. Pero ya habían transcurrido muchos años de esas lecturas de juventud y los gustos se habían acercado. Segunda escena: Su hijo pequeño habría derramado el café, habría quemado las tostadas, se habría estropeado la manteca, el yogur estaba fuera de días, el bacon no era

bacon, los huevos hervidos se quemaron, el café con leche resultó una pócima alquimista... Se fastidió el desayuno y ella, diligente, hubo de componer el caos en la casa. No obstante el incidente, vivía la satisfacción de ser imprescindible en el hogar; eficaz y perfecta. En otras ocasiones, hizo esfuerzos suplementarios para asistir al trabajo. Que la ida y la venida la señalaran en el centro de la historia, la satisfizo. Corría hasta Uriburu, hacía dos estaciones, descendía tres escaleras enormes a toda prisa y repletas de gente para asirse a la línea dos en Querétaro. La veía en Pompeya, exhausta pero feliz agarrada al pasamanos, la mirada indefensa hacia su asiento ocupado, yo fija la visión en su puño. Alguna vez pensé que nuestro sueño le pedía esos esfuerzos suplementarios y que de tanto en tanto hacía ese ejercicio como entrenamiento para el amor. Y yo lo agradecía. Pero mi empeñada oscuridad de soltero rehuía el sacrificio que me pidió más de una vez con los ojos y la respiración jadeante. Jamás, por más que lo intenté, pude vencer la letanía de los días, la regularidad enfermiza de mis horas, la puntualidad escrupulosa, las costumbres. Dulce manía la rutina. Si alguna vez se atreviera a cruzar el umbral de mi casa, descubriría tres despertadores entorno de mi cama. Aquel dulce tic tac de la madrugada recordaba su encanto del tren. Y entonces proclamé las horas de la distancia. ¿Dónde miran sus pasos los domingos?; ¿dónde los días feriados?; ¿dónde medirá el paso de un tren en el triste mes de las vacaciones?; ¿cuánta alegría ocuparán las navidades en su entorno?; ¿llorará en silencio como yo hago?; ¿existirá una ruta regular en la que poder coincidir en esos días?; ¿en los paseos por el parque?; ¿en el camino de la iglesia? Quizá su pelo rubio y lánguido fuera distinto hoy. Acaso su tocado, con coleta plisada sobre la nuca, estaría suelto. Su rostro luciría más alargado, los ojos más fogosos, la sonrisa más seductora, si eso fuera posible. Aquel hoyuelo en la barbilla tendría el ligero temblor de otras mañanas en que perdiera el tren directo hasta Retiro. Y los poros de la piel en sus graciosos pómulos, y en el sobrelabio, y en la entrebarbilla, estarían señalados por finísimas gotas de sudor que la luz convertiría en un espejo plateado sobre el perfil. El día de la madre la sorprendió Alberto, Carlos... ¿O se llamaba Audrien la hija diligente?; ¿Isaac, su marido? La sorprendieron con un ramo de flores, y un pequeño regalo que luciría en su dedo anular. ¿O fuera en el ojal?; ¿en los pies delicados?; ¿en el brazo? En todos los rincones de su cuerpo brillaría la viva enseña de la satisfacción; transmitiría el hálito de diosa que la acompañaba todos los días de mi vida, desde





que la conocí. El tren se ha detenido, mamá; dijo en voz alta. Fin de trayecto. Anonadado oía pasos diligentes correr hacia la escalera mecánica de la estación. No podía aceptar la ausencia después de veinte años de satisfacción mutua, de entendimiento explícito, de lenguaje cifrado más allá de la voz, de confirmaciones de ánimo por diminutas arrugas en el vestido, por suplementos en las prendas de abrigo, por el pañuelo en rededor del cuello, por la sortija de amatista, por la noche imprecisa de los glóbulos oculares. Y hoy falló a la cita, y una angustia atroz invade mi corazón, y suspira mi entendimiento. Veinticuatro horas sin ti es una eternidad. Si el purgatorio es una forma de la sabiduría del hacedor, reniego de su existencia. Fin de trayecto, repitió una voz en la puerta del vagón. Y de pronto me contemplé solo y asustado; más solo y más asustado que el día en que papá fue recogido de la acera bajo el tupido disfraz de la muerte que no le cubría siquiera sus zapatos impolutos. El corazón nos destrozó como el rayo destroza los árboles solitarios de la pampa, y corre las llanuras cual signo del Dios cruel que acosa los días tristes. Y acaso esta jornada sea tan funesta como las horas en que velé tu cuerpo hasta Chararita, y temo que sólo tu retrato me retenga en este mundo con delicada voz y con dulce mirada. ¿Le ocurre algo?, pregunta el operario del tren. Y yo respondo no, alzo mis pies sobre los hierros y surco el camino hasta la oficina, una casa de cambio sumida en el bullicio y en la especulación. Australes, dólares, el precio del mundo pendiente de nuestros gestos. Mi padre acalló el tiempo así, y yo mitigo el tiempo así; y fue feliz y yo sigo a la esclava fortuna de mis ancestros. La fría mañana conmueve mis mejillas. Sobre la acera nadie existe: yo voy sonámbulo en la batalla tocado por el golpe mortal de su distancia. Descuido mi trabajo, me mueven a la atención, digo un desprecio impropio, no soy el simple, el eficaz jefe que todo lo resuelve; mis movimientos desdican el empeño, no atiende al café, no como y pienso en el regreso: tu figura vendrá de nuevo en el asiento desde Retiro a Vélez, y me dirás que es otra prueba, más dolorosa para estudiar mi reacción. Pero yo reprimiré tu osadía, y tú me vencerás sonriendo, fijos los ojos en mi mirada. El paraíso volverá a abrir sus puertas, y yo te pediré que no lo hagas más, que nunca enfermes, que no desistas a sortear los impedimentos por más penosos que estos sean. No abandones jamás el tren en marcha; no dejes el trayecto que une las hilachas de estas vidas.

Nunca pensé que la pasión hiciera tan fuerte el

cuerpo viejo. Corrí hasta la estación como los galgos que papá entrenaba en la casa de campo los veranos perdidos. Pasó un tren a destiempo y no era el suyo. Llegó puntual el nuestro y yo subí, los ojos ovalados preso de la incontinenencia que una estación recuperara. Esperé a la siguiente, y nada. ¡Pobre de mí! Anidado en mi banco tampoco fui feliz en el regreso. El mundo se movía y yo lo había parado. El aire no existía. Mi pena hizo visible la fragilidad de la historia y del hombre. Es vano acariciar la condena del recuerdo. Veinte años, tres meses y cuatro días felices era el cómputo. Pero el palpito del corazón no era el mismo, ni las noches serenas rodeadas de los relojes de mis manías, ni el sudor de las manos en su presencia, ni la transpiración, ni la vista afectada. No sabía que el Vélez de aquella noche incipiente, que el aire gélido del invierno que visitó el vagón, de la humedad que entumece los huesos en esta ciudad que, tras su pérdida, me parece inhumana, me la arrebatara para siempre. ¿Por qué la diaria lectura de las esquelas no vino hacia mis ojos doloridos en el descenso? ¿Por qué el deseo distrae? ¿Por qué hace invisible los detalles? ¿Por qué no releí los nombres que dictan cuerpos que ya son nada, como tú me enseñaste mientras viviste? ¿Por qué no susurraste en mi oído que después de la cena, en esta sala lúgubre en la que habitas en tu retrato, debía darte cuenta de quienes nos dejaron? ¿Por qué la noticia no me atrajo hacia su imperio? Pero de qué valdría, mamá; nuestro amor no tiene nombres, ni palabras; sólo presencias lejanas y cercanas, íntimas y sospechosas en un vagón del metro de esta ciudad que tú adorabas y a mí se me rasga como el velo del templo, y no habito el dolor porque no me cabe en el pecho y no puedo llorar ni resistir. Fuimos dichosos en la correspondencia. La niña entró, buscó y me extendió el cartapacio. Muero sin saber tu nombre, decía la primera línea. He hecho veinte años de ida y vuelta a tu lado por demostrarme que tu presencia llenaba mis días, así escribe, mamá. Te he visto envejecer sin decir palabra, sin producir el discurso que nos reconociera. He pospuesto la cita de esta carta para cuando expirara. No es tarde; la ilusión es furtiva; y hoy saldré a tu encuentro para siempre. Así es el destino, afirma Esther. Su soltería es mi soltería. Hemos nacido para ser lo que somos. En todo coincidimos, hasta en la timidez. Por eso nuestro deseo es inmenso; nuestra pasión salvaje. Mi pulcra ropa femenina coincide con tu pulcra ropa masculina; los botines lustrosos, la seda resplandeciente, los pañuelos, las corbatas, los abrigos per-

fectos, el corte impecable. No ignoro su hábitculo recogido, los paños limpios, las figuras, el suelo brillante, los cajones ordenados, las ricas lámparas, los faroles, las losas antiguas, los retratos, los recuerdos, los libros bien clasificados, los cuadernos de notas y ese perfume de los años que recorre los pasillos. Millares de veces soñé el sueño de una carta de amor, mamá; cuando tú orientabas mis días, cuando salvabas mi soledad corrigiendo mis cuentas; cuando sanabas mi desconcierto recitando en inglés bellas canciones. Y ha recorrido un largo camino hasta mi indecisión como un legajo del destino, con el fragor de las plegarias a dioses que no conocí, a altares que no visité, a quimeras que no me acompañaron. Ahora sí comprendo la fidelidad; ahora mi mundo se ha trasladado. Apenas esta noche girará en torno de tu retrato. No puedo compartirla aunque sufra.

Recuerdo un sueño del verano en el sur. Papá y mamá caminaban muy juntos hacia la orilla del lago. Yo era muy niño. La nieve cubría las montañas de alrededor. La llanura que rodeaba el agua plateada vivía un verde intenso. El cielo era tan azul que quemaba. El silencio llegó a envenenar mis oídos. Papá tomó mi mano y su tacto era otro. Cuando distinguí la escena girando el torso, mamá apoyaba la cabeza sobre su hombro tomada por su brazo. He recorrido cientos de kilómetros en tren para recuperar el alma de aquel año. En medio de la llanura, contemplé la estación igual y distinta en su escueta eficiencia. Un vehículo ligero me dejó solo en la orilla. Una barca blanquísima me esperaba en el embarcadero. Recorrí muchos metros hasta su centro por sobre de la estela plateada y quieta del agua gélida. Invité al paraíso y leí de nuevo la carta. Deduje nuevas revelaciones de su caligrafía. Entonces un arrebató recorrió mi piel desde las extremidades. El capricho, me enseñaste, es un signo de la debilidad humana, ese camino imperfecto de la atracción corporal. Cerré los ojos, tomé su mano y la atraje con fuerza. El lago Vintter oyó el estruendo de las venas, y vio el color de las mejillas.

